

Traducción libre del segundo viaje de Thomas Bridges a territorio ona

(South American Missionary Magazine, edición de noviembre, 1885, pp. 247-249)

Por Joaquín Bascopé Julio

El “Allen Gardiner” [barco de la SAMS] , *Punta Arenas*, 10 de agosto de 1885

El 25 del mes pasado, poco después que nuestro obispo se fue en el “Cambyes” hacia Montevideo, salimos hacia Gente Grande. De acuerdo al deseo del obispo, llevamos al señor y la señora Felton, que debían ver a su hermano, el Sr. W. Bartlett, Junior, que es administrador y socio allí. Nuestro objetivo era ver a los nativos, recoger toda la información que pudiéramos sobre ellos, recibir a algunos para instruirlos y preparar una vía para el feliz arreglo de la cada vez más difícil *native question*. Con fuerte viento a favor llegamos al fondeadero en poco tiempo, pero el viento era tan fuerte que no pudimos bajar a la playa hasta el mediodía siguiente. La tierra empezaba a cubrirse de nieve y el viento seguía fuerte y frío. Al día siguiente, el clima nos previno para no desembarcar hasta la noche. Al cuarto día, a pesar del fuerte viento, salimos a caballo en un largo viaje buscando nativos sin éxito. Estando los caballos en mal estado, no podíamos montarlos dos días seguidos; el clima también lo impidió. El sexto día salimos nuevamente y tuvimos varias veces que desmontar para calentarnos haciendo ejercicios. Por la tarde encontramos nativos. Corrieron y se dispersaron tan pronto como nos divisaron y cuando nos aproximamos a sus chozas las encontramos desiertas. Al rato cruzamos a dos pobres hombres atemorizados. Tenían arcos y flechas y estaban vestidos con capas de guanaco. Estaban muy delgados, poderosamente constituidos y medían alrededor de cinco pies y ocho pulgadas. Iba con nosotros Anaci, un Ona de [la isla] Keppel, contratado por el Sr. Barlett como un *employé* regular. Al escucharlo hablar se abstuvieron de disparar, aunque varias veces apuntaron sus flechas para hacerlo. A través de Anaci, pronto logramos hacerlos sentir tranquilos sobre su seguridad y sobre nuestra amistad, y hablamos con ellos durante media hora. Cuando les dimos un regalo, expresaron con lágrimas su agradecimiento. Esto era, evidentemente, para provocar nuestra compasión por su desamparo. Una pobre mujer que adelantamos poco después hizo lo mismo. Tratamos de acordar una reunión al día siguiente, donde les prometimos toda la amabilidad y regalos de cuchillos y mantas. Sin embargo, son tan grandes sus miedos que incluso

esto fue en vano. Yo esperaba mostrarles nuestro barco y haber inducido a algunos jóvenes a venir con nosotros. Después de que los dos pobres amigos fueron hechos felices, y los hubimos visto sonreír, los dejamos, no sin antes insistirles en que se abstuvieran de matar ovejas y caballos. En la basura de sus chozas encontramos pruebas de que habían comido ovejas. En ese momento vimos otros nativos a distancia, huyendo. Seguimos adelante en la búsqueda y conseguimos una madre que cargaba a sus tres hijos. El más joven no podía tener menos de dos años y el mayor alrededor de siete. Por fuera de su manta (una muy pobre), la mujer tenía una banda de correas alrededor del pecho y, así apoyada, corría por su vida con ese gran peso. Cuando estuvimos cerca se detuvo y, golpeándose el pecho, nos reprochó con gran vehemencia, haciéndonos entender que alimentaba a un niño y por eso deseaba vivir. Los pobres niños lloraban terriblemente, muy irritados por las correas. Cuando quisimos liberarlos, la madre resistió, temiendo evidentemente que se los quitáramos. Mantuvo largo tiempo un estruendoso llanto de desaprobación, pero de a poco se fue calmando y escuchando lo que decíamos. Tuvimos el placer de verla feliz antes de dejarla, le dimos algunos presentes y, de nuevo, repetimos nuestra invitación para mañana. Uno de los dos hombres nos alcanzó y estuvo sumamente interesado en esta reunión. No sabemos qué era él de la mujer. Era ya muy tarde para forzar una reunión con otros, ya todos fuera de nuestra vista, pero nuestras palabras y acciones tendrán ciertamente un buen efecto. La cabalgata es muy mala a causa de los túneles de los incontables “Cururas”, animales parecidos a las ratas. Llegamos a la estancia después del atardecer. Antes de nuestra llegada, el Sr. Bartlett había efectuado una pacífica reunión con otro grupo de Ona. Eran los que buscábamos pero no encontramos. Es duro decirle a esta pobre gente que vaya a instalarse a otro lugar porque han traído ovejas y no quieren dejarlos vivir donde las han puesto porque con sus perros las destruirán.

El día que siguió a nuestra reunión fue muy bueno y mantuvimos un puesto de observación esperando, en vano, las señales de humo convenidas. Entonces nos pusimos en marcha y dimos la vuelta a la bahía de Porvenir, cerca del cabo Monmouth [Boquerón]. En el camino vimos dos grupos de nativos cerca de la playa, la cual les suministra la parte principal de su alimento. Estábamos todavía a una larga distancia y aún así huyeron hacia el interior, temiendo disparos aparentemente. El envío continuo de mal tiempo desde el sur-oeste nos mantuvo en la bahía de Porvenir

durante seis días. Visitamos allí las minas de oro. Los nativos evitan a los mineros, y raramente se encuentran con ellos. Supimos, sin embargo, que son definitivamente más numerosos de lo que había estimado, según la información recogida por Anaci. Pienso que la tribu Ona no pueden ser menos de ochocientos, a menos que los Ona del sur y del este hayan disminuido por enfermedades desde que Anaci me dio sus nombres.

El sábado, 8 del corriente, dimos la vuelta a la Bahía Inútil donde visitamos otra vez las minas. Hemos encontrado al señor Wolff, muy amable y deseoso de tratar bien a los nativos. Tiene una tienda en Porvenir y su agencia principal está en Bahía Inútil.

A las 4.30 P.M, del día 8, salimos de Bahía Inútil y llegamos aquí [Punta Arenas], de donde deberíamos salir hoy a las 4 A.M, a hacer más investigaciones sobre el sur y el oeste de la Bahía Inútil. Luego pretendo seguir hacia el este cerca del cabo San Diego y luego al norte hasta la bahía San Sebastián, en busca de información sobre los onas. De allí volvemos a Ooshooia, y de vuelta aquí [Punta Arenas], de donde escribiré más sobre el asunto ona. Hasta entonces, adiós.